SIETE DESPEDIDAS FUTILES, O DEL ASENTAMIENTO TRAS LA AUSENCIA

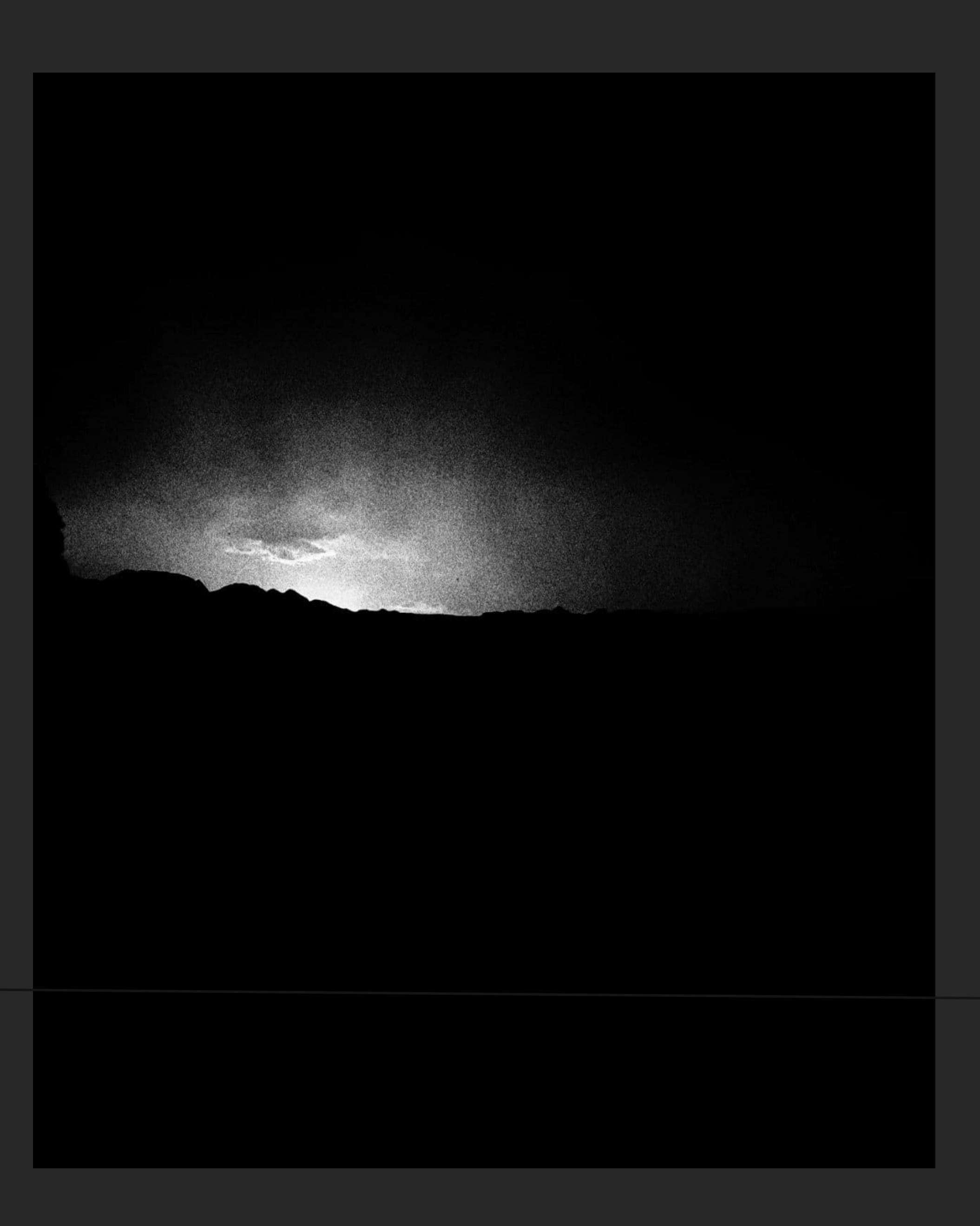
"Death is real
Someone's there and then they're not
And it's not for singing about
It's not for making into art
When real death enters the house, all poetry is dumb"

Mount Eerie - Real death

Siete despedidas futiles, o del asentamiento tras la ausencia

Orfeo es el nombre de quien me despido, una despedida de quien se va y quien debe quedarse. Sus ojos eran de un verde ámbar, su maullido es envidia de las más profundas conversaciones, viejas y nuevas. La última vez que lo besé entre sus orejas su cuerpo dócil se apoyaba en una camilla de metal, sus patas no querían soltar mis dedos. Su voz se hizo silenciosa, sus ojos pestañean de forma pesada. Bajo el segundo olivo de un amplio llano lo dejé mientras dormía su último sueño, bajo una tierra desconocida para ambos. No hay palabra divina que me lo devuelva, ningún adiós puede bastar.





(I)

Hay cuatro garras sobre mis dedos
Se parecen al débil aleteo de una polilla
al meditar sobre pétalos sin nombre ni tiempo
Palpitan cada vez que mi mano acaricia las
oscuras orejas de la noche que florece
Esta noche enferma y corta, de ojos nuevos
y árboles dorados, ventanas como cristales encantados
Todo se lo llevarán tus ojos de verde miel, tus garras
de pequeño ámbar, manchadas por la estalactita
que amenaza sobre mis mejillas
El mundo ya no será el día que tu cola no agite los vientos



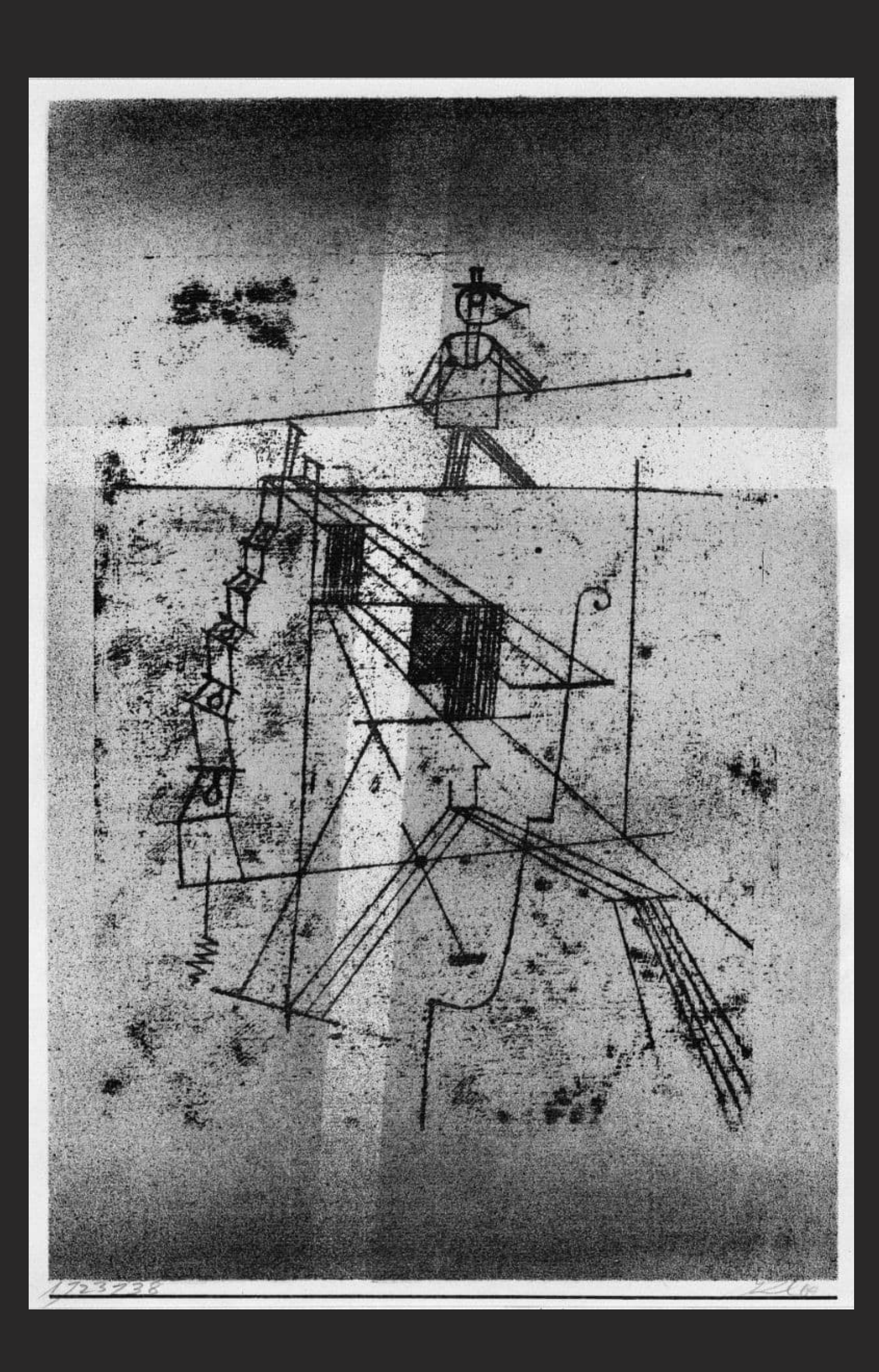
(II)

En la habitación luciérnaga de tu palacio llovido
hay una cortina abierta y con tu forma
La noche entra y yo aprieto mis ojos helados
Las cicatrices en mis manos hace unos días
empezaron a desvanecer sus labios, su caligrafía
Las hojas somnolientas ya no crujen en el patio
y un perfume de luces que se cierran ahoga
tus pulmones de racimo
Marchita la menta, la albahaca
Un olivo se cierne sobre tu cabeza mientras,
tras el cristal de una cortina abierta
espero oír el maullido



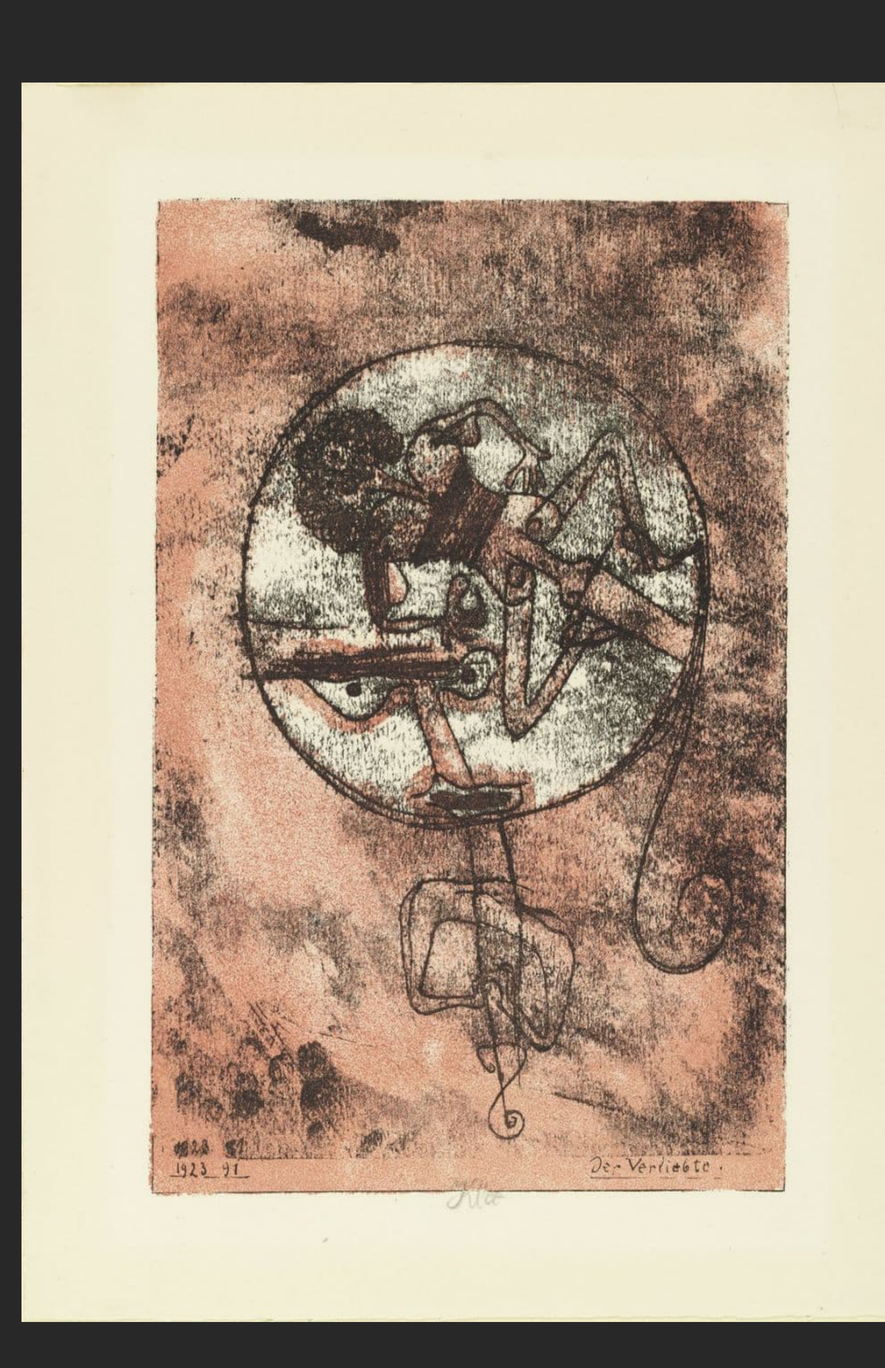
(III)

He sostenido tu fantasma, fantasma del tiempo
He tomado la madera y el hierro
He hundido la vista en golpes sobre la tierra
La tarde se iba sin gestos ni zorzales, el viento
era brisa quieta, vacía de muecas, imperturbable
Abrí la jaula, pero ninguna garra cortó mis dedos,
y aquello fue solo más terrible que el sangrar
Eras frío, eras quieto, y aquello no era tu naturaleza
Descendías con la carreta del Sol
y ya jamás diste vuelta la mirada
Tras el olivo tu sombra juega mientras me alejo,
pero temo voltear
Áridos mis labios se rompen entre mis huesos
mientras me alejo



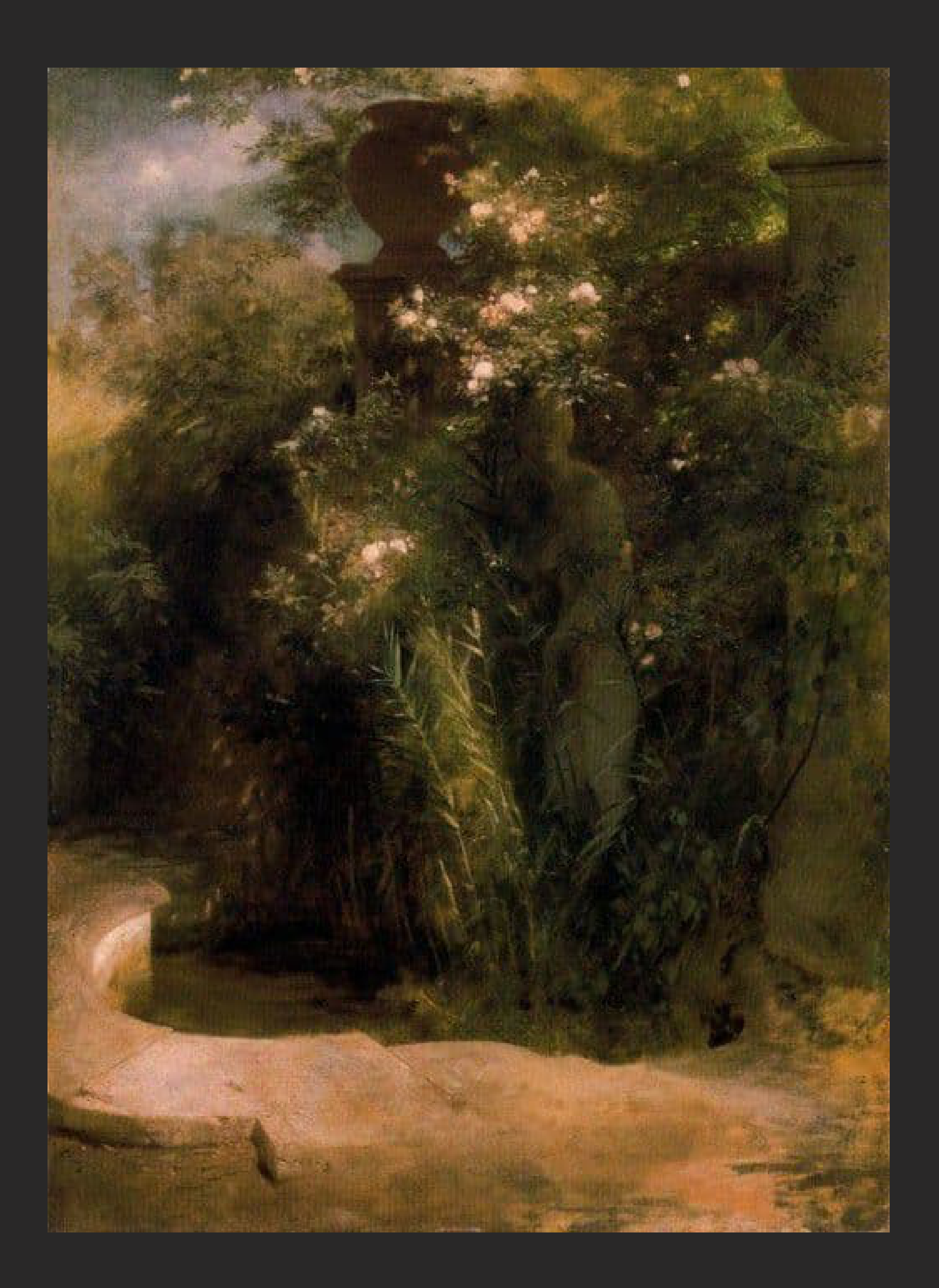
(IV)

En el súbito minuto de la palabra que enmudece
todas las palabras
la espiga de un veneno ahogaba mi lengua;
y el océano de amargos alaridos rebalsaba por
mis labios rotos y secos
No hubo adiós en tu maullido, una espiga
se clava en mi cuello
Fútil e imprecisa se volvía la lluvia, y yo era
como el abrazo que nada repara



(V)

El pasillo de esta fría casa se ha
vuelto largo y profundo
Ecos de pasos chocan secos contra el
absoluto silencio; la oscuridad de
un distante interruptor aprieta las costillas
Ya no debo mirar abajo para andar, la oscura
cola se desvanece en el aire
Pero miro abajo
Y ya no debo chasquear los dedos en tu nombre,
las orejas de brusca tormenta yacen bajo
el sordo olivo
Sin embargo, dispongo mis dedos
Me siento absurdo y mis manos se enfrían
Parece no haber cura para esta ausencia
tan afilada, de bordes corrosivos, de punta
hueca
La primavera abre sus ojos, en mi cuarto
el invierno queda y se pronuncia
El olivo marchita
El viento erosiona
El hoyo en mi pecho medra y escarcha



(VI)

Al apagar las luces, profana noche que
danza sobre obeliscos ruinosos
Al apagar las luces, luciérnagas enfermas
de hastío y podredumbre que, al apagar
las luces,
son moscas que amenazan mis ojos
Al apagar las luces todo tiene tu forma
Tus ojos están en cada esquina, tras
los umbrales
Pero el peso de tu cuerpo desaparece de
estas frazadas
Las moscas aletean sobre las cornisas,
ya no hay palabra que teman



(VII)

Una curva de sombra densa
eclipsa tu lado de la cama
Tus banquetes se pudren
Tu cristal brebaje se niebla
Los pasos aventureros no duran
en el polvo de un suelo sin memoria
Lenta tu garra destaja el recuerdo
y pronuncia el olvido
En tus bigotes yace el rocío de
una mañana lejana a la mía
Sos la brisa que de la tierra
acaricia los pétalos de una flor
que no conozco;
la savia de un olivo en la que
dos zorzales cantan a las nubes
tu nombre
Orfeo del chasquido



Una breve reflexión sobre la ausencia

El cuerpo de un ser amado (y aquí apelo a su significado puro, el ser, el sujeto único que es, y que se encuentra atado al poder de una fuerza externa como el amor) tiende a la podredumbre, a la descomposición de sus partes y reintegración a una vasta Tierra. Los sedimentos marinos, las islas que nacen, los árboles que respiran, el ojo que observa, todo esto tiende a una descomposición momentánea. Es bien sabido que la muerte de quien conozcamos representa la ausencia abrupta y eterna de su presencia. Su voz es callada, sus movimientos son mermados, la memoria los distorsiona y a veces intenta, vanamente, reconstruirlos.

Se vuelven imperceptibles, fantasmas que habitan memorias como caparazones por un tiempo breve y siempre atados al olvido. Esto bien lo comprendieron quienes por primera vez tallaron una tabula raza sin intenciones de recordar números volátiles a la memoria. La piedra se erosiona con una lentitud envidiable a nuestra memoria, por ello Enkidu sobrevive, aunque fragmentado, entre el pueblo egipcio. Ser nombrado es perdurar.

¿Por qué queremos mantener, por qué no queremos olvidar?
El olvido es solo una de las tantas cualidades que posee la muerte. Olvidar cómo nuestro padre o nuestra abuela hablaban evocan una angustia profunda en nuestro pecho y en el de nuestro espíritu, asientan con su ausencia el significado, el valor de una presencia que ya no es. El valor y el significado de una voz que podemos oír quizás desde que nacemos hasta su ausencia se oculta en los recovecos escondidos en nuestro ser. Por esto una partitura es similar a una objeción contra del tiempo, el hecho de poder reproducir sonidos tan distantes a nosotros no puede asemejarse a una experiencia cotidiana y costumbrosa y, sin embargo, pocos sinfonistas o guitarristas frente a una página de acordes se lo plantean día a día. La palabra que perdura no es solo una palabra, es una prueba de que el devorador de las cosas, el cataclismo último, es también una carta en una botella que va río abajo.
El tiempo oculta todo bajo un velo invisible, canta nanas a todo lo que existió y todo lo que no será, y esto no es más que un suceso pequeño en el tejido de la realidad. Todo intento es inútil, toda esperanza ha de ser abandonada, o al menos ello dicta la razón. He ahí nuestra ironía e hipocresía. Creemos ser una especie razonable, científica, conquistadora de lo desconocido, y aún así no podemos controlar la ira, la tristeza, el contento.
No somos lo que nos gustaría ser, somos una especie de guerras y de utopías, todo en un mismo siglo, milenios tras milenios. No importa que nada tenga un fin único, porque tener un fin único nos volvería locos e incendiarios de ese mundo. No queremos aliviar el vértigo existencial, queremos llorar hasta el desgarro de nuestros nervios la pena y la alegría que sentimos. Queremos parar el sufrimiento sin saber como contener una risa. Somos infantes soñándose adultos.
Esto no significa que desprecie a la ciencia y nuestros logros, es por

esa inevitabilidad en nuestra esencia que aplaudo cada paso que damos, o como dijo Pessoa alguna vez para sí mismo “He estrechado contra el pecho hipotético más humanidades que Cristo”. Es por ese fenómeno de nuestro espíritu que hago este fútil intento de aplazar el olvido de mi amadísimo amigo Orfeo.

El olvido lastima solo a los que recuerdan, todo lo acaricia y todo se lo lleva. Mientras existan personas que pronuncien palabras y sonidos, personas que miren y escuchen, el fuego de esta caverna resistirá otra noche bajo la tempestad.

Las imágenes usadas no son de mi autoría y mucho menos pretendo hacerlas pasar como tal, el nombre de sus autores no está presente en mi memoria mas que los de Egon Schiele y Paul Klee, por lo que los invito a buscar al resto en internet. La piratería no es un crimen, es un derecho; y adjudicarse una obra ajena es, simplemente, una vergüenza.